

Una Voz en el Bosque



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 25809. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Una Voz en el Bosque

Fernando Olavarría Gabler

Capítulo I

La hija del Abogado

Lo que voy a contar sucedió en un país lejano. Ese país tiene grandes extensiones de bosques y en ellos hay pequeños pueblos. En uno de éstos vivía un abogado que era viudo. Su esposa había muerto muy joven y le había dejado una hija cuyo nombre era Denise. El padre de Denise era muy estimado por sus vecinos y ocupaba un cargo público de importancia. Sin embargo, a pesar de esto, no era rico, porque en ese pueblecito, al igual que en muchos otros, nadie se dedicaba a acumular fortuna sino que se ocupaba la mayor parte del tiempo en conversar con los amigos en la taberna o en contemplar tranquilamente la maravillosa naturaleza que los rodeaba. Sólo había

dos personas que no pensaban como los demás vecinos, ellos eran dos ambiciosos hermanos que se dedicaban con toda el alma a ganar dinero. Su mejor negocio era la crianza y venta de pavos y éstos estaban considerados como los más gordos y hermosos de la región.

En el pueblo cada persona tenía un sobrenombre y a los hermanos los llamaban Florip y Florop. Vivían en casas contiguas, y los niños del pueblo -para burlarse de ellos- al pasar frente a la casas se ponían a graznar como pavos y después gritaban a voz en cuello: "¡Florip, Florop, Florip, Florop!", y se alejaban corriendo a toda prisa.

Un día el abogado se enfermó y murió y la pobre Denise quedó huérfana y completamente sola. En un principio los vecinos se compadecieron de la desdichada huerfanita y la invitaban a sus hogares, pero lentamente se fueron olvidando de ella y al cabo de algunos años la niña transitaba por las polvorientas calles del pueblo vistiendo andrajos y asediada por el hambre. Su único amigo era un

niño que estaba empleado donde Florip y Florop. Ellos le daban alojamiento y comida y el niño tenía que levantarse muy temprano para llevar los pavos a un prado cerca del bosque donde abundaba el pasto, alto y sabroso.

Henri se llamaba este niño y era muy simpático. A pesar de su pobreza y el maltrato que le daban los hermanos, siempre andaba alegre, cantando o silbando, y cuando se encontraba con los otros niños del pueblo, nunca dejaba de contestar graciosamente a las bromas que le hacían por dedicarse a cuidar pavos.

A Denise le agradaba acompañar a Henri cuando se dirigía con los pavos al prado y después ambos arreaban a las aves de vuelta a casa. Por esta razón no era extraño divisarlos juntos durante el día comiendo algunos pedazos de pan que Henri sacaba de la cocina antes de salir todas las mañanas. Y ¿saben ustedes de qué conversaban?, pues de las mismas cosas que conversan todos los niños. Cuando se



aburrían, Henri tomaba una piedra y la lanzaba muy alto por encima de su cabeza y ésta caía muy cerca de donde ellos estaban. Denise admiraba la destreza que tenía Henri para lanzar estas piedras y ante el temor de que le cayeran a ella, corría presurosa espantando a los pavos y finalmente ambos niños reían a carcajadas de este juego tan original. Pero llegó un día en que todo esto terminó.

Sucedió en una mañana; corría una brisa tibia y el horizonte estaba brillante y extraño. Las personas que se levantaron temprano ese día observaron que los animales estaban inquietos. Los perros ladraban furiosamente y los caballos trataban de saltar los cercos de los establos. Algo iba a pasar y no se sabía qué. Quizás una gran tempestad o un huracán. Amanecía, cuando Henri despertó y se levantó al igual que todas las mañanas y fue el corral para dar de comer a los pavos. Cuando se acercaba a la puerta oyó un gran alboroto y de improviso ésta se vino al suelo y los pavos salieron volando en forma

tan súbita que el pobre niño no atinó a otra cosa que cubrirse el rostro con los brazos y caer de bruces al suelo. Cuando se incorporó, las aves habían desaparecido. Probablemente habían volado hacia el bosque y se habían internado en él. Cuando Florip y Florop supieron esta noticia le dieron una zorra al niño y en seguida le ordenaron ir a buscar los pavos. Henri salió llorando y regresó muy afligido a contarle a los dos hermanos que no los había podido hallar. Esto les causó tal furia que le dieron una nueva paliza y el niño, bastante machucado, se alejó como pudo de allí, se internó en el bosque y nunca más se le volvió a ver.

El cruel comportamiento de Florip y Florop causó indignación en el pueblo y una noche varios vecinos salieron de la taberna, llegaron a las casas de los dos hermanos y les gritaron que les entregaran el cuerpo del niño para darle sepultura. Uno de los hermanos tuvo la mala ocurrencia de asomarse por una ventana para

explicarles que ellos no lo habían muerto, pero esa actitud provocó aún más la ira de los que allí estaban y comenzaron a lanzar piedras y palos a las casas hasta quebrar todos los vidrios.

Pasaron los días y los ánimos se serenaron. Muchos terminaron por no acordarse del niño desaparecido; pero había alguien que no lo olvidaba, era Denise, la amiguita de Henri.

Capítulo II

El viejo del tronco hueco

A tardecía en el pueblo cuando desde el bosque se oyó un trueno, pero no era un trueno sino una terrible voz. No se sabía bien de qué punto preciso salía pero eso sí que se oía en todas partes, retumbaba en las montañas vecinas y éstas la devolvían más poderosa aún.

Los habitantes del pueblo estaban espantados. Después de hablar a gritos en las calles para lograrse entender, de no poder dormir en las noches, de no poder conversar en la intimidad de sus casas ni en la concurrida taberna, los pueblerinos empezaron a irritarse y los más irritados de todos eran los hermanos Florip y Florop. ¿Saben ustedes

por qué? Porque la voz decía: "¡Henri...Henri...Henri...!", día y noche, día y noche hasta crisar los nervios.

Los dos ricos hermanos ofrecieron cinco millones en monedas de oro al que descubriera el origen de esta voz y ante oferta tan elevada se organizaron cuadrillas de hombres que se internaron en el bosque para encontrarla, pero a medida que pasaban los días no se descubría su origen y entonces hombres, mujeres y niños, abandonaron sus actividades para dedicarse con gran entusiasmo a esta búsqueda y el pueblo quedó solitario. Solamente Denise no salió, no le interesaba el dinero que habían ofrecido y su mente de niña no comprendía por qué ahora había tanto entusiasmo por el nombre de su amiguito. Ella ya lo había buscado varias veces en el bosque, no lo había encontrado y sentía que todos estos esfuerzos de ahora eran tardíos e inútiles.

Se entretuvo en vagar por las calles solitarias del pueblo y en contemplar las casas vacías con las puertas abiertas.

De improviso sintió que alguien la estaba observando desde alguna parte, pero no sabía quién era. A pesar de tener miedo siguió caminando despacio y se puso a silbar suavemente una canción que le había enseñado su padre.

De súbito oyó una voz por encima de su cabeza que la llamaba:
"¡Pssst!...¡Denise!...¡Eh!"

La niña alzó la cabeza y a nadie encontró, pero luego, fijándose en el techo de una de las casas, vio al personaje que la llamaba. Denise quedó paralizada de susto y los dientes le empezaron a castañetear porque ¿saben ustedes que vio? ¡Un enorme sapo! ¡Tan grande como un ternero! Estaba echado encima de las tejas y miraba a la niña burlonamente con sus ojos redondos. Su hermosa piel verde relucía húmeda al sol del mediodía; sin embargo, a pesar de ser de un color tan bonito, su gran tamaño le infundía pánico a Denise.

El sapo comprendió el terror de la niña y abriendo su



descomunal boca le dijo con la voz más suave que es capaz de sacar un sapo: No temas Denise, soy un sapo bueno, he venido desde el bosque donde habito para ayudarte. ¿Recuerdas esa vez que te internaste buscando manzanas silvestres y llegaste a un claro donde corría un riachuelo? Pues bien, anda nuevamente hacia ese claro del bosque. Allí encontrarás un viejísimo árbol cuyo tronco está hueco. Métete en el interior del tronco y sabrás cómo encontrar a tu amigo, y ahora me despido. ¡Adiós! y... No le digas a nadie que has visto al rey de los sapos porque no te creerán. Nadie sino tú sabe que existe un sapo tan grande como yo. Diciendo esto, el sapo ronco guiñó un ojo y dio un salto descomunal que lo hizo llegar a la calle; luego dando más saltos, se perdió de vista al pasar por encima de los techos de las casas.

Denise se quedó perpleja y se restregó los ojos varias veces pues no podía creer lo que había visto, parecía que hubiera despertado de un extraño sueño; después, recordando las palabras del sapo, no

quiso perder más tiempo y echó a correr en dirección al bosque. En el trayecto se encontró con muchos que regresaban a sus casas a almorzar; venían con caras de hambre y malhumorados porque otra vez habían fracasado en el intento de encontrar el origen de la voz.

Denise no se detuvo a preguntarles cómo les había ido sino que corriendo más fuerte los dejó atrás en pocos momentos. Pronto se internó en el bosque y al cabo de algunas horas llegó al claro donde corría el arroyuelo. No le costó mucho encontrar el viejo tronco hueco y sin pensarlo dos veces se introdujo en él. Adentro todo estaba oscuro y la niña encandilada en un comienzo nada pudo distinguir.

Poco a poco empezó a ver las paredes del tronco; éstas estaban formadas por gruesas fibras que se dirigían hacia arriba como largos cabellos ondulantes. Denise siguió el recorrido de las fibras con su mirada y al observar por sobre su cabeza dio un grito de asombro porque a algunos metros sobre ella la estaba mirando un rostro. Era un

rostro brillante de anciano. Tenía enormes cejas, espesos bigotes, barbas y larga cabellera. Llamaban la atención sus cabellos, éstos salían del rostro, tapizaban la superficie de las paredes y correspondían a las fibras que la niña había observado en un comienzo.

Al ver que Denise lo contemplaba con la boca abierta, el anciano sonrió y le dijo:

"Soy el espíritu de este árbol que es el más viejo de todos. Yo soy el que grito y mi voz se oye por toda la comarca porque sale por cada una de las ramitas de los árboles del bosque. Es por esta razón que nadie sabe de dónde viene la voz y nadie lo sabrá... Hermosa niña, si deseas saber dónde está Henri deberás pasar la noche aquí y mañana temprano seguirás por un sendero que comienza un poco más allá de este claro. El sendero te conducirá hacia las montañas, allí encontrarás una ciudad de piedra y ella te llevará donde tu amigo".



Diciendo esto, el anciano se despidió bondadosamente de la niña y poco a poco su rostro desapareció en la penumbra.

Había anochecido, Denise se acomodó en el interior del tronco. El suelo estaba cubierto de hojas secas y era muy agradable estar ahí. Después de rezar se acostó en el lecho de hojas y al poco rato estaba profundamente dormida.

Despertó a la mañana siguiente y sintió gran felicidad al pensar que nuevamente encontraría a Henri. Salió del tronco, bebió agua del arroyuelo y se desayunó con moras silvestres. Una vez saciado su apetito, decidió buscar el sendero y no le fue difícil hallarlo; caminó por él toda la mañana y fue en la tarde cuando salió del bosque y comenzó a subir los faldeos de unas montañas. Continuó por el sendero sin fatigarse hasta que éste empezó a ascender por entre roquedales y quebradas profundas.

El cielo se había cubierto de nubes y corría un viento helado.

La niña caminaba sobre la nieve, ahora las quebradas se habían convertido en terribles precipicios. Denise sintió miedo al encontrarse sola en aquella despoblada región. Empezó a gritar pidiendo auxilio pero sólo le contestaba el silbido del viento al pasar por entre las rocas.

La niña tenía deseos de volver atrás pero se había perdido y el sendero había desaparecido porque estaba cubierto por la nieve. Echó a correr y de súbito se encontró frente a un escalofriante precipicio.

Ya era de noche y los truenos y relámpagos anunciaban una tempestad. La niña poco veía porque las nubes emergían del precipicio y cubrían la montaña, pero alcanzó a divisar un puente de piedra en forma de arco que partía de la orilla donde ella estaba y atravesaba el precipicio; sin embargo no se veía adónde llegaba. Denise corrió hacia él y decidió cruzarlo; el otro extremo terminaba en una gran plaza pavimentada con grandes baldosas de piedras donde estaban dispuestas numerosas casas. Eran muy hermosas y también



estaban hechas de piedra. La niña llegó a la plazoleta y se quedó contemplando maravillada esas construcciones. Entonces un pensamiento le vino a la mente, ¡había llegado sin darse cuenta a la ciudad que le había descrito el espíritu del árbol del bosque!

El miedo había desaparecido pero no por mucho tiempo porque en esos instantes un rayo cayó sobre el puente y éste voló por los aires en mil pedazos. A continuación se oyó un estampido terrible, como si toda la montaña se hubiera rajado en dos y la ciudad comenzó a desplazarse lentamente al igual que un barco que zarpara de un puerto en una noche tempestuosa. Fueron tan grandes todas estas emociones que la desdichada niña cayó al suelo sin sentido y permaneció así largas horas.

Cuando despertó, el cielo estaba estrellado y corría una suave brisa. La Luna iluminaba a la ciudad con su luz plateada y hacía realzar aún más su belleza.

A Denise le extrañó el cambio brusco del tiempo y levantándose de las frías lozas se dirigió hacia donde había estado el puente. Pero, grande fue su sorpresa al constatar que ya no estaba en la montaña sino en el aire porque la ciudad estaba volando silenciosamente a una gran altura.

Allá abajo se divisaba el valle, las diminutas luces de las ciudades y los ríos que zigzagueaban inmóviles como serpientes de plata. A lo lejos se veía el mar que limitaba con el horizonte. Denise estaba extasiada con esta visión panorámica y sentándose en el suelo, abrazó sus rodillas y se quedó contemplando muchas horas el maravilloso paisaje. Todo era silencio en este mundo fantástico; la noche, el mar, la Luna y las estrellas parecían observar a la niña y a la ciudad encantada que, deslizándose suavemente por los aires, iba dejando atrás una estela de misterio...

Capítulo III

Nenino

Después de algún rato, al niña sintió frío y sueño. Entonces decidió irse a acostar en el interior de una de las casas de piedra. Éstas tenían un umbral sin puerta y carecían de ventanas. Denise sintió miedo al entrar porque no veía absolutamente nada. A tientas, palpando las paredes llegó al otro extremo de la habitación y se situó en un rincón. Afuera soplaba el viento y la luz de la luna se introducía por el umbral. Poco a poco se fue acostumbrando a la oscuridad de la habitación. Estaba vacía; solamente se vislumbraba un bulto en el otro extremo de la pieza. En un principio Denise creyó que se trataba de un saco pero de improvisto el bulto se estiró y la niña pudo constatar con

horror que tenía brazos y piernas. ¡Alguien había en el interior de la casa y no sabía quién ni tampoco las intenciones que pudiera tener! Pensó que el desconocido personaje podría estar durmiendo y se le ocurrió quedarse inmóvil; pero al cabo de unos instantes oyó una voz muy aguda, como la de un niño que la saludaba y le daba la bienvenida.

Denise más tranquila al oír una voz tan delicada le preguntó quién era y el misterioso ser, poniéndose de pie, caminó algunos pasos y se volvió a sentar más cerca de ella. "Me llamo Nenino", dijo, "y soy un horrible monstruo.

Hace algunos meses los soldados del rey me sorprendieron comiéndome una vaca recién muerta y dándome cacería me cortaron la cabeza. No es la primera vez que me sucede, pero gracias a mi constitución, cuando me cortan la cabeza me sale otra en cualquier parte del cuerpo; brota como la hoja de un árbol y sirve para

alimentarme mientras crece la otra en el cuello. La voz que tú oyes es de la cabeza que me ha brotado del dedo meñique de mi mano derecha".

Diciendo esto, Nenino estiró el brazo derecho, y la niña que estaba medio muerta de espanto pudo ver que del extremo de uno de los dedos del monstruo salía una cabeza semejante a la de una muñeca. ¡Hablabla y la miraba detenidamente con sus ojos!

El monstruo continuó: "Tuve que huir y esconderme en esta ciudad abandonada y aquí estaré hasta que me crezca la cabeza del cuello, pero no temas niña, no te haré daño por ahora pues me es imposible comerte; sin embargo en algunos días más ¡serás un banquete delicioso...!"

Después de estas palabras, la cabeza del dedo se echó a reír prolongadamente con una voz aflautada.

Denise, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se puso de pie,



tambaleándose salió de la habitación y se alejó lentamente de la horrorosa casa. Instantes después, pensando que el monstruo la seguiría, echó a correr y dando vueltas por entre las callejuelas se introdujo en otra casa. Allí había unos sacos con charqui y unas tinajas con agua. La niña se escondió jadeando entre ellas y se puso a escuchar. En efecto, al cabo de un rato se oyeron los pasos del monstruo que la andaba buscando y la llamaba con su aguda voz.

Pronto los pasos dejaron de oírse y Denise agotada por tan aterradora jornada, se tendió entre los sacos y se quedó profundamente dormida. Cuando despertó, era de día y el cielo azul de la mañana y los rayos del Sol la reconfortaron. Como tenía hambre se alimentó con charqui y bebió agua de las tinajas. Después se asomó por la entrada y más allá vio a Nenino que estaba sentado asoleándose. Le daba la espalda a la niña que, al observar ese cuerpo sin cabeza palideció de terror.

De pronto la pequeña cabeza de la mano la divisó, entonces el monstruo se levantó y corrió hacia donde estaba ella. Denise no alcanzó a huir, el miedo la había paralizado y Nenino, tomándola amablemente de un brazo la invitó a pasear por la solitaria ciudad. La niña comprendió que el monstruo había dicho la verdad la noche anterior, realmente era muy difícil que pudiera engullírsela con una boca tan chiquita, y por temor de contradecirlo accedió a acompañarlo.

Así pasaron días juntos y se alimentaban del charqui que había en una de las casas, pero una tarde Denise notó algo que la sobresaltó y le trajo a la memoria terroríficos pensamientos. ¡Del cuello cortado del monstruo estaba apareciendo lentamente una nueva cabeza! Primero vio el cabello, después la frente, y así, otro día, los ojos y las orejas y por último la boca, ¡una boca enorme con labios rojos y delgados que dejaban entrever cuatro afilados colmillos amarillos! Al

día siguiente estaba totalmente afuera y el monstruo lanzando una terrible carcajada empezó a correr tras la niña para devorarla. La pobre Denise gritaba y lloraba implorando salvación, pero Nenino, sintiéndose hambriento y seguro de su presa se abalanzó sobre ella. Sucedió entonces algo que salvó la vida a la niña; ésta iba corriendo por una de las calles que terminaba en el vacío y al llegar cerca del borde, tropezó y cayó al suelo. Detrás de ella venía el monstruo, con tanto ímpetu, que no pudo detenerse y pasando por encima de la niña cayó al vacío dando un pavoroso alarido.

Denise, agotada como un ave herida, no podía convencerse de haberse salvado de las garras del monstruo y sollozando dio gracias al Cielo porque estaba aún viva.

Rendida de cansancio fue a beber un poco de agua; luego, acostándose nuevamente entre los sacos, se quedó dormida.

Capítulo IV

La escala de seda

Soñó que caminaba por una pradera tapizada de un pasto azulado y de él emergían florcillas de diversos colores. Había amarillas, rosadas, celestes, blancas, violetas y marrón oscuras. Denise recogió algunas para hacer un ramillete; cuando lo hubo terminado corrió para ir a ofrecérselo a su papá. Él estaba muy lejos, en la pradera. Cuando la niña llegó, su padre la tomó en brazos y la besó muchas veces agradeciéndole el obsequio. Denise sentía una gran felicidad de estar nuevamente junto a él y reía a más no poder. De improviso se dio cuenta de que ella no iba a buscar a su padre sino que deseaba preguntarle dónde podría encontrar a Henri. Su padre la besaba nuevamente y le decía que Henri no se encontraba en ese

hermoso valle sino más abajo. "Si quieres llegar hasta donde él", le decía, "busca una escala de seda que está enrollada en el rincón de una de las casas de piedra y baja cuando la ciudad se detenga..." La niña no entendía el significado de las palabras de su padre y se preguntaba extrañada qué es lo que quería decirle; de súbito las comprendió y en ese instante despertó bruscamente.

Era de día, se levantó y salió a la calle. Indudablemente había recibido un mensaje y debería existir esa escala de seda. Decidió introducirse en cada una de las casas y buscar en los rincones y comenzó a buscarla.

Estaba en una de las casas cuando oyó un gran ruido que venía de afuera, salió sobresaltada y constató con espanto que una esquina de la plataforma de la ciudad se había trizado y desprendido. El ruido que había sentido se debía a las enormes piedras que habían caído al vacío. Pensó que estos desmoronamientos iban a continuar hasta que

la ciudad entera desaparecería en el espacio y en realidad no estaba equivocada.

Comenzó de nuevo a buscar desesperadamente la escala del sueño pero llegó la noche, la niña no la había encontrado y los derrumbes continuaban sucediéndose periódicamente cada vez con mayor frecuencia. Denise rendida por la fatiga se introdujo en una de las casas para descansar y acurrucándose en un rincón se puso a dormir nuevamente.

Despertó después de algunas horas y notó que inconscientemente había apoyado su cabeza en algo blando que estaba un poco más allá del lugar donde se había acostado a dormir. Al palparlo en la oscuridad se dio cuenta de que era la escala de su sueño que tanto había buscado. Sin vacilar la tomó y la llevó afuera.

Amanecía, y cosa digna de asombro, la ciudad o más bien lo que quedaba de ella, se había detenido y permanecía inmóvil a una

baja altura encima de una montaña.

La niña, después de amarrar firmemente uno de los extremos de la escala a una piedra, lanzó el resto hacia abajo y armándose de valor comenzó a bajar cautelosamente. Sentía vértigo pero decidió no mirar hacia abajo. Cuando iba a llegar a tierra la escala empezó a desplazarse y la niña constató que esto se debía a que la ciudad voladora nuevamente se ponía en movimiento. Poco a poco iba adquiriendo más velocidad, entonces Denise ya muy cerca del suelo decidió soltarse, cayó a tierra y rodó varios metros. Cuando se recobró, alcanzó a ver cómo esa ciudad que la había servido de hogar por varios días ahora se perdía en el cielo hasta desaparecer.

La niña observó a su alrededor y constató que cerca del lugar en que se encontraba había un sendero y que éste descendía hasta llegar a un hermoso valle. Se propuso bajar inmediatamente y caminando sin descansar, pronto dejó atrás la montaña y continuó

ahora por un ancho camino.

Capítulo V

La Ciudad de los Hombres Perros

*S*alió el Sol y a lo lejos divisó una inmensa ciudad con enormes torres doradas que brillaban con la luz de la mañana. No demoró mucho en encontrarse con los habitantes de ese país, mas, cosa extraña, todos ellos caminaban apoyando las manos en el suelo como si fueran perros o gatos y al divisar a la niña quedaron tan extrañados de verla con los brazos colgando que comenzaron a dar gritos de asombro y después corrieron galopando hacia ella y la rodearon para

observarla mejor.

Al cabo de un rato uno de ellos dijo en voz alta: "¡Camina en forma similar a Su Majestad el Rey! Debemos llevarla inmediatamente al palacio". Denise no entendía todo este alboroto y preguntó a gritos para hacerse oír por qué caminaban en forma tan extraña. Uno de los presentes hizo callar a los demás y le explicó lo siguiente: Hermosa niña, hasta hace poco tiempo todos vivíamos bastante incómodos pero felices en esta ciudad. Caminábamos "normalmente" sobre nuestras cuatro extremidades y hacíamos largas y molestas filas para ir al trabajo, a los bancos o entrar al circo. Muchas veces estas filas se perdían de vista al doblar una esquina. Pero un día llegó a la ciudad un extraño personaje; caminaba en una forma nunca vista hasta ahora por nosotros porque llegó apoyándose en sus pies y traía las manos colgando igual que tú. Fue tal el asombro, que lo nombramos rey, y para incomodidad nuestra el monarca ordenó

que desde ese día todo el mundo caminara como él porque, era más práctico. Nosotros le encontramos razón porque las filas se acortaron y cupo más gente en las calles; los desfiles políticos y militares ahora demoran menos tiempo porque antes duraban varias semanas; pero existe todavía una gran dificultad, muchos de nosotros olvidamos la nueva norma de andar y lo hacemos como antes. No es de extrañarse ya que hemos visto a nuestros padres y abuelos transitar toda su vida así y los hemos imitado desde que éramos niños. Sin embargo, nuestros hijos pequeños aprenden rápidamente a caminar en dos pies.

Cuando vimos que andabas con tanta soltura con tus piernas, pensamos que pertenecías a la misma raza de nuestro monarca y hemos decidido llevarte donde él.

La niña tuvo curiosidad de saber quién era el monarca y accedió gustosa a ser conducida al palacio real.

Se fue con ellos hacia el centro de la ciudad hasta que llegaron

a un lujoso palacio y los soldados de la guardia real, que estaban con los fusiles en la espalda en lugar de tenerlos apoyados en los hombros, saludaron con una mano mientras se equilibraban con las otras tres extremidades en el pavimento.

A Denise le causaba risa la extraña costumbre de ese país y estaba muy entretenida, pero recordaba aún con espanto los solitarios días que había pasado en la ciudad de piedra y ahora deseaba conocer al rey para contarle todas sus aventuras y pedirle que la ayudara a encontrar a su amigo.

Llegaron a una inmensa sala rodeada de resplandecientes ventanales y altas columnas. Bajo cinco gigantescas lámparas de lágrimas había una larga alfombra escarlata que terminaba en un magnífico trono. En el trono estaba sentado el monarca. Denise al divisarlo de lejos creyó que era un enano, pero al irse acercando se dio cuenta de que era un niño y cuando estuvo frente a él el monarca dio un

grito de asombro, bajó corriendo del trono y fue hacia ella llamándola por su nombre; ¡Denise! ¡Denise!

¡Henri!, gritó la niña, y ambos se abrazaron con gran alegría. La niña había encontrado por fin a su amigo y ¡nada menos que convertido en un rey!

Mucha fue la felicidad de ambos al verse nuevamente juntos y la niña le contó todas sus aventuras con gran asombro de Henri.

Capítulo VI

La Caverna

Por su parte, el niño le relató que, después de haber recibido la tremenda paliza de Florip y Florop, se había ido a refugiarse al bosque para así evitar que lo volvieran a castigar. Caminó durante muchas horas y de improviso se dio cuenta de que se había perdido. Como atardecía, decidió esconderse en una caverna deshabitada que había encontrado e introduciéndose en ella buscó dónde acomodarse para pasar allí la noche. Estaba muy cansado ese día por todas las penurias que había sufrido, así que en cuanto apoyó la cabeza en el suelo se quedó dormido. Cuando despertó, vio una claridad y creyó que estaba amaneciendo. Se dirigió hacia ella pero en lugar de salir de la caverna, se fue internando cada vez más porque la claridad que había visto no

se debía a la luz del Sol sino a la fosforescencia de unas setas que abundaban en aquel húmedo lugar. Continuó Henri vagando en esas profundidades; no sabe cuánto tiempo pues no podía calcular (por falta de Sol) los días y las noches. Cuando sentía hambre, se alimentaba de las setas, la sed la calmaba con el agua de los manantiales subterráneos y dormía cuando le daba sueño.

Así caminó seguramente muchos días, semanas y quizás meses y la caverna se había agrandado en tal forma que parecía el interior de una inmensa catedral. Colgaban millares de estalactitas y corrían veloces torrentes que Henri tenía que vadearlos a nado o caminar por sus riberas para poder continuar su viaje.

Un día, un soplo de viento fresco le golpeó la cara y Henri, guiándose por esta corriente de aire llegó a una gran grieta que lo dejó pasar y salió al fin a la ladera de una montaña. Esta montaña era la misma donde la niña había llegado desde los aires.



De este modo Henri había aparecido en este país y ustedes saben lo que sucedió después.

Los dos niños continuaron viviendo felices en esa región y después de algún tiempo ya todos los habitantes caminaban únicamente con sus piernas.

Pasaron los años y Henri y Denise crecieron hasta ser dos hermosos jóvenes y como ustedes han de suponer, se enamoraron y se casaron. Este acontecimiento fue motivo de mucha alegría para sus súbditos porque amaban mucho a Denise y a Henri.

Nuestros dos amigos gobernaron en ese reino y fueron dos felices y amantes esposos.

Pronto Denise le dio a Henri hermosos hijos y todos vivieron muchos años rodeados de la paz y la alegría de su pueblo.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina